



N.º S.º de Guadalupe



VISITA CUARTA.

CÓMO LA SANTÍSIMA VÍRGEN ENNOBLECE Á LOS QUE LA AMAN.

¿Por qué tu frente es trono del orgullo,
Insensato mortal?—"Corre en mis venas
Sangre de reyes,"—con voz bronca dijo
Un arrogante monstruo de altiveza,
Que noble se llamó. Sangre de reyes
Que el sacro fuego de virtud no encienda,
Y corrompe con sutil veneno
El vicio contumaz, ¿será nobleza?
Levanta, impío, la marmórea losa
Que las cenizas de tu padre encierra;
¿Qué ves, dime, qué ves? ¿dónde se ha hundido
De su cuerpo gentil la altura esbelta?
¿Qué ves, dime, qué ves? ¡Ah! retrocedes. . . .
De podredumbre y polvo hedionda mezcla
Se remueve al hervor de los gusanos
Que royéndolo están: tu padre es ese.
¿Horror te inspira el fétido sepulcro?
Pues es tu imagen; la verdad eterna
Así lo pronunció cuando hubo visto
Mil infernales, horribles culebras,
Sus colas enroscar en tus entrañas,
Vivo retrato del infierno: mientras,
Humana pompa las heridas cubre
De tu protervo corazón, y ostentas

Hermosura fugaz, que en breve, en breve
 Será fizon de la horrorosa hoguera
 Que en eterno torbellino agita
 De Jehová vengador la saña inmensa.
 ¿Y eres tú noble? Mientes: fué impostura.
 Caiga á quien dijo tal, caiga anatema;
 Solo es nobleza la virtud. ¿Ser noble
 Tal vez tu pecho codicioso anhela?
 Ama á la hermosa Reina del querube,
 De su inefable amor la flama egregia
 Que á los amantes parecidos hace
 A la Amada diseña, pues es fuerza
 El amante á la amada asemejarse
 Si cautivarla apasionado intenta.
 La hermosa llama de su amor melífluo,
 Dándote nombres de virtud excelsa,
 Te hará mas noble y te dará mas glorias,
 Que el pomposo blason y sangre régia.
 Sí, no lo dudes; soberana gloria,
 Gloria infinita de infinita alteza
 Es la corona, el galardón sublime
 De los amantes de la dulce Reina,
 Que dulce Madre del Amor se llama,
 Porque toda es amor, toda terneza
 Aunque elevada á la mayor altura,
 Del Altísimo toque la eminencia.
 Mas ¿qué lábio dirá dónde se encumbra
 De sus fieles amantes la nobleza?
 Alza los ojos, alza al firmamento,
 ¿Ves eso inmenso ejército que puebla
 La celeste region inmensurable?
 ¿No ves qué soles rutilantes huella?
 ¿No ves qué palmas de victoria vibra?
 ¿No ves que calza por chapin estrellas?
 ¿No ves que ciñe sus brillantes sienas
 De inmarcesible lauro una diadema?
 De ventura eternal mar delicioso
 Con ímpetu los baña y los anega:
 Quebrantando sus leyes inmortales,
 A su imperiosa voz naturaleza,
 Tigres amansa, muertos vivifica,
 Muda sus montes y sus mares seca;
 Humilde el orbe y reverente postra

La rodilla á sus piés, y nube densa
 Le envía de oracion y de suspiros.
 Tal es la gloria y celestial potencia
 De los humanos que en el cielo triunfan,
 Y á quienes honra la infalible Iglesia
 Con el nombre de santos. ¿No te admiran
 Su celsitud, poder, gloria, riquezas
 Y ventura inmortal? Lo deben todo
 Al amor de María. ¿Adónde encuentras
 Uno tan solo á quien no haya abrasado
 Su delicioso amor? Con bocas aureas
 Todos dicen que son amantes suyos;
 Y encendiendo en su amor toda la tierra,
 Inspirados de Dios dan este grito:
 "¿Eres del cielo tú la sola puerta,
 Madre de salvacion!" y las edades
 Repiten el clamor de los profetas,
 A quienes abre el Paráclito arcanos
 Porque sus ecos rumorosos sean.
 ¿Honorífico mucho es el amarte
 Hermosa escala que á los cielos lleva:
 De los justos imán, que hasta la gloria
 Tu maternal amor plácido eleva,
 Cual la atraccion del sol levanta al cielo
 El agua pura, que en vapores vuelta
 Y ya nubes tegiendo trasparentes,
 De sus rayos vestidos reverbera!

Niñas. Señorita, ¿qué callandito ha venido
 vd.? No la hemos sentido hasta que la hemos
 visto entre nosotras.

Directora. Hace rato que he estado escuchan-
 do á la puerta para ver si habia bulla entre vds.

Maestra. No señora, no tengo de qué quejar-
 me en ese particular; procuran guardar silencio y
 compostura: y ellas que no lo hiciera . . . que
 entonces ya nos entenderiamos.

Directora. Pues ese modito, compostura y modestia han de guardar vds. en su casa y en todas partes: ya se les ha dicho que aquí han de procurar, no solo instruirse, sino observar modales. Tambien sentiria que fuese de la Amiga una niña á quien oí ayer cantar una cancion no muy buena.

Maestra. Se las tiene muy prevenidas para que no canten cosas indecentes, ni escandalicen de modo alguno en sus dichos, palabras y tonadillas; antes por el contrario, cantando cosas buenas.

Negrta. Señorita, yo me sé la telanía barrabada.

Directora. Hija, no te entiendo.

Pepita. Dice que sabe la letanía perifraseda que cantaban las niñas de la Amiga del Puente de la Mariscala en el mes de María, ó de las flores de Mayo.

Directora. Bueno, bueno; me alegro de que aprendan esas cositas.

Pepita. Yo tambien estoy aprendiendo la oracion á María Santísima, que tanto nos recomendó mi señora Maestra: ¿si viera vd., señorita, qué linda es?

Directora. Veamos: ¿cómo la dice vd.?

Pepita. Acuérdate ; oh piadosísima Virgen María! que no se ha oido hasta ahora que alguno que recurriese á tu patrocinio, que implorase tu auxilio, que pidiese tu socorro, haya sido desamparado. Yo, animado de esta confianza, vengo á tí, me refugio en tí, yo, pecador, gimo delante de tí. No quieras ; oh Madre del Verbo! despreciar mis palabras : óyeme favorable, y haz lo que te suplico. Amén.

Directora. Es lindísima, hija mia: el padre Bernardo, llamado en Francia *el pobre sacerdote*, distribuyó durante su vida mas de un millon, doscientos mil ejemplares de esta oracion, y por este medio tuvo la dicha de alcanzar una infinidad de gracias prodigiosas. En nuestros dias, la *milagrosa* conversion del judío Ratisbonne, se debe á la intercesion de la Virgen María, invocada por él mismo con la oracion que vd. acaba de decir. No la olvide vd., y cuide vd. de rezarla todos los dias con devocion.

Inocencia. Señorita, yo tambien sé otra muy bonita: ¿gusta vd. que la diga?

Directora. Si, hija mia; dígala vd.

Inocencia. ; Oh Luis, santo de angelicales costumbres! yo, indignísimo devoto vuestro, os recomiendo particularmente la castidad de mi alma y de mi cuerpo: os ruego, por vuestra pureza angelical, que

me encomendeis al Cordero immaculado Cristo Jesus y á su Santísima Madre, Virgen de las vírgenes, y guardadme de todo pecado grave. No permitais que yo me manche con alguna impureza; y cuando me viéreis en la tentacion ó peligro de pecar, alejad de mi corazon todos los pensamientos y los afectos inmundos; y despertando en mí la memoria de la eternidad y de Jesus crucificado, imprimid altamente en mi corazon un sentimiento del temor santo de Dios; y encendiéndome en el amor divino, merezca, imitándoos en la tierra, gozar con vos de Dios en el cielo. Amén.

Directora. Esa es la de San Luis Gonzaga, dado á la juventud, por el sumo Pontífice Benedicto XIII, por protector especial. Mucho me gusta que vd. y sus compañeritas sean muy devotas de este Santo, y que procuren imitarle en su pureza, obediencia y desprecio del mundo. ¿Ha venido la Luisita?

Luisa. Aquí estoy, señorita, á la disposicion de vd.

Directora. ¿Ha descansado vd. del rato de ayer?

Luisa. Señorita, yo no me canso de complacer á vd.: mi mayor gusto seria poderla agradar en todo.

Directora. Me alegro de ver á vd. con tan

buenos ánimos, porque hoy vengo muy prevenida contra lo que vd. ayer defendió, y creo se ha de hacer del partido contrario, dejando el de cristiana.

Luisa. No lo permita Dios: procuraré satisfacer á vd. en los argumentos que me ponga, conforme á las instrucciones que tenemos aquí recibidas; solo siento no tener aquella capacidad que yo deseara para complacer completamente y dar gloria á la Amiga á que pertenezco.

Directora. Vaya, pues vamos claros. Supongo con vd. lo que el herege Rousseau tuvo que confesar al ver las pruebas que Jesucristo dió de su divinidad: supongo que el Crucificado era Dios; ¿pero cómo he de creer las cosas contradictorias que nos reveló en la religion que fundó, y que manda que creamos todos los cristianos?

Luisa. Señora, en lo que reveló y mandó creer, no hay contradiccion alguna: si así fuese, dejaria de ser Dios, y nosotros no estariamos obligados á creerlas.

Directora. Pues bien: ya está vd. cogida, si mantiene esta proposicion. Dígame vd.; ¿no es contradictorio que una cosa sea tres, y sea uno; sea una, y sean tres al mismo tiempo?

Luisa. Si es una misma cosa, es imposible.

Directora. Pues eso dicen vds. en el principal de sus misterios, que es el de la Santísima Trinidad, afirmando que son tres personas, y una sola esencia.

Luisa. Señora, en eso no hay contradicción alguna. Cuando dijéramos ó creyéramos, que las personas eran tres, y no eran mas que una, ó que la esencia era una, y eran tres, hubiera contradicción; pero si decimos que la esencia es una, y las personas tres

Directora. ¡Cuidado con la habilidad que tiene vd. para salirse siempre con la suya! ¡Vaya que la distinción que vd. hace es extraordinaria!

Luisa. Señora, es muy sencilla: permítame vd. poner un ejemplo en el mismo túnico que lleva consigo. ¡Hay contradicción en que tenga tres ó mas dobleces, y que el túnico no sea mas que uno?

Directora. No señora: porque una cosa son los dobleces, y otra el túnico. Pero esto lo veo y lo entiendo, y aquello no.

Luisa. Pero señora, haciendo ver á vd. que no hay la contradicción que decia, basta. Esto quiere decir, que es sobre nuestra razón, pero no contra nuestra razón.

Directora. ¡Vaya, que para todo halla vd. sa-

lida! ¿Pero cómo he de creer misterios que no comprendo?

Luisa. Señora, si hubiéramos de negar los misterios porque no los entendemos, tendríamos que negar todos los de la naturaleza que estamos viendo, y no sabemos en qué consisten. ¿Es cierto que la aguja tocada al imán siempre tiene la dirección al Norte?

Directora. Yo lo creo, y bien probado lo tengo en mis navegaciones.

Luisa. ¿Vd. sabe el *por qué* de eso?

Directora. Hija mia, eso solo Dios.

Luisa. Pues como ese, hay infinitos que no podemos negar, porque los estamos viendo, y no sabemos en qué consisten.

Pepita. Señorita, ¿es esa la aguja de marear que dice mi padre, para que la gente no se pierda en el mar?

Directora. Sí, hija mia.

Pepita. ¡Las cosas de Dios, señorita! Aunque no viéramos mas que esto que hace para que los hombres no se pierdan en él, ¡cuánto habíamos de quererle!

Directora. Dices bien, hija mia; y el no ser así, consiste en que nos hemos hecho semejantes á las bestias, que no tienen entendimiento.

Maestra. ¿Qué algazara es esa, Inocencia?

Clara. Está diciendo que ha parido su gata, y que no son gatitos los que ha parido, porque tienen tres colores.

Pepita. ¿Es verdad esto, señorita?

Directora. Verdad es, hija mia, que ningun gato tiene tres colores.

Pepita. ¿Y por qué no los tienen los gatitos, y las gatitas sí?

Directora. Porque Dios quiere, y no sabemos mas.

Luisa. Pues vea vd., señora, lo que yo decia, que hay muchísimas cosas que veinos, y no entendemos. En la pregunta de Pepita, y la respuesta que vd. la ha dado, está bien declarado cuanto yo he dicho. ¡Hasta lo mas mínimo nos confunde!

Rector. Luisita ha respondido á vd. tan completamente, que bien entendida su respuesta ha confundido á los incrédulos, y destruido todas sus falacias y falsos principios. Dicen estos, que cómo han de creer lo que no pueden entender, y menos demostrar; que por qué se les ha de obligar á que crean lo que no se puede comprender; que tal modo de creer seria un creer de tontos. Luisita ha evidenciado la falsedad, equivocacion

y confusion de semejante lenguaje. Una cosa es creer los misterios, y otra comprenderlos: una cosa saber que *son*, y otra saber *como son*: por eso se nos manda creer, y no se nos manda comprender: unas son las razones que tenemos para creer una cosa, y otras para comprender como ella sea. La naturaleza nos presenta una prueba evidente de esta verdad en innumerables efectos, que no podemos negar, porque los estamos viendo, y no tienen razones de comprensibilidad, porque no podemos esplicarlos de un modo que del todo satisfaga nuestro entendimiento. Yo no puedo dudar que he sido formado en el vientre de mi madre; pero ni ella ni yo podremos esplicar como allí fué organizado; esto mismo sucede casi en todo cuanto hacemos. ¡De qué distintos modos tiene que ponerse mi lengua para formar las palabras! ¡De cuántas necesitamos, y usamos en una conversacion! ¡Con qué rapidez nos producimos! ¡Con qué otros movimientos de nuestros miembros va acompañada nuestra conversacion! ¡Cómo se hace todo esto sin mas que mi simple querer! ¡Cómo obedecen unas cosas tan materiales al simple querer de nuestra alma! Esto mismo se experimenta en el andar; y todo en tales términos, que sin mas que haber vd. querido,

y casi sin pensar en ello, obedecen á su pensamiento todas estas partes materiales que carecen de entendimiento, y le conducen á donde quiere. “*Por eso, confundiendo á estos soberbios espíritus, que son los que verdaderamente lo confunden todo, decia el grande Agustino: se os manda que seáis estudiosos, y se os prohíbe que seáis curiosos; es decir, estudiosos en instruiros en los motivos de nuestra creencia, y de este modo saber que son ciertos sus motivos: no curiosos, porque no se pueden comprender.*”

Luisa. De suerte que Dios en lo que nos manda creer, se contenta con lo fácil, y si fuera segun ellos, mandaria lo mas difícil; ó por mejor decir, lo imposible. Estuviera bueno que porque no hemos podido comprender lo que es la luz, el fuego y el agua, negáramos que hay agua, fuego y luz, y todas las cosas que vemos y no entendemos. Nuestro entendimiento no puede comprender lo mismo que ve. Basta verlo para creerlo, aunque no lo entendamos.

Rector. Lo contrario seria querer que las lechuzas mirasen de lleno al sol; lo que es imposible, no por falta de claridad en este astro luminoso, sino por debilidad de vista en tales animalcitos. Desengañémonos; toda esa farsa de impíos,

incrédulos y descatolizados, que son semejantes á la criada de Séneca, que su continuo tropezar lo atribuía á oscuridad de la casa, y no al estar, como en la realidad lo estaba, casi ciega: estos tontos, estos ciegos, estos atolondrados, estos lechuzos, no tienen otras armas que las de la confusion, la falacia, la sofistería, la . . .

Directora. Vd. procure sosegar, señor Rector, no tiene vd. que fatigarse en hacernos ver unas verdades tan claras, y que todas tenemos bien entendidas. Están las niñas bien persuadidas de que todo cuanto hay dentro de nosotros, y fuera de nosotros, todo es un misterio. Teresita, diga vd. la copla que aprendieron vds. en el canto de Racine, cuando allí leyeron estas cosas.

Teresita. Confiesa tu ignorancia

Sin rubor ni recelo,

Supuesto es á tí mismo

Arcano todo en tí, todo misterio,

¿Y queremos osados,

Que á tan viles sugetos

El árbitro del mundo

Descubra sus designios y proyectos?

Directora. Así es, un grano de arena tiene aturdidos y confundidos á todos esos filósofos: todavía no han podido averiguar si la última parte

en que el grano de arena puede dividirse, consta ó no de dos mitades.

Rector. Cuando yo he dicho todas estas cosas, de ningun modo ha sido mi ánimo dar á vds. alguna leccion sobre lo que supongo tienen entendido; esto seria hacer traicion á la instruccion tan fina que advierto en el establecimiento; solo sí, elogiar á nuestra Luisita, y hacer ver que su respuesta, bien desentrañada, es mas de lo que parece.

Directora. Así lo creemos, y nada dudamos del mucho favor que vd. nos dispensa. Seguiré, si vd. tiene á bien, apurando cuanto se pueda en materia de religion á nuestra buena Luisita.

Rector. En hora buena sea, señorita; en oír á vds. tengo yo la mayor satisfaccion.

Directora. Vaya, hija, que se aprovecha vd. de todo para confirmarse en su opinion; ; qué bien la vino la impertinente pregunta de la Pepita para sorprenderme! Pues en las réplicas que la haga á vd. de nuevo, no la han de valer su aguja de marear, ni sus dobleces, ni mi túnico, ni tampoco los gatitos. Dejemos lo de la Santísima Trinidad, y vamos á cosas de por acá, con lo que nos entenderemos mejor, y tendrá vd. que ren-

dirse, confesando que no pueden ser algunas que quiere vd. creamos como bobas.

Luisa. Señora, estoy bien segura que siendo misterio de nuestra santa religion, no me podrá vd. hacer ver que es imposible, y mucho menos que es una bobería creerlos, asegurándolo su divino autor y fundador Jesucristo.

Directora. Respóndame vd. categóricamente á la pregunta que la haga, y vd. por sí misma se ha de convencer de lo que digo. ¿Puede vd. imaginarse que haya un titerero de tanta habilidad, que cogiendo un pedazo de papel en sus manos, sin mas que pronunciar algunas palabras, lo convertiera real y verdaderamente en un hombre animado con todas sus potencias y sentidos?

Luisa. Eso es imposible: ninguna criatura tiene por sí facultad para tanto.

Directora. Pues si ninguna criatura tiene facultad para conversiones de esta naturaleza, por hábil y diestra que sea, ¿á qué nos vienen vds. con que un sacerdote, tomando en sus manos una hostia, y diciendo algunas palabras, la convierte en cuerpo y sangre de Jesucristo, tan real y verdaderamente como está en el cielo? ¿Podrá vd. salir de esta, como se jactó salir de la pasada?

Luisa. Aquí es mucho mas fácil la respuesta